

de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habian consentido para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la expedicion. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulacion de la *Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañada por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirigen al cielo la expresion de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan expiar por medio de una ruidosa reparacion los ultrages y violencias que han hecho á el almirante. Aquellos mismos hombres que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdon de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se habia manifestado en su lucha contra la rebelion.

## III.

*Descubrimiento de la isla de Guanahani.—Desembarco de los españoles.—Fijan una cruz en la costa.—Toma de posesion en nombre de los reyes de España.—Mutua sorpresa de españoles y de indios.—Descubrimiento de Cuba.—Traicion de Pinzon.—Descubrimiento de la Española ó Haiti.—Visita de un cacique.—Naufragio de Colon.—Establecimiento de una colonia.—Partida de Colon á España.—Una tempestad.—Recebimiento de Colon en la corte de Portugal.*

LA tierra que tenia á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama y se llama Guanahani. Colon agradecido al país á cuyo descubrimiento debia su salvacion, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.

Por algunos instantes, el equipaje inmóvil de sorpresa y absorto en muda contemplación ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques, cuyos perfumes y fertilidad revelaba á la vez la embalsamada brisa que de ellos venia. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetación vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosques por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer mas variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Así los españoles y su noble jefe saboreaban, desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista y su enajenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colón dió por fin la órden de botar al mar las chalupas y entró en una de ellas, para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españolas, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I [iniciales de los nombres de Fernando é Isabel] terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudian en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus gestos, y en la expresión de su fisonomía, la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas de colosales

proporciones, de aquellos castillos con alas que se balancean noblemente en la superficie del mar. Pero cosa extraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifestaban la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos extranjeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colón llegó á la costa, el almirante llevando puesto un brillante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pié en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí humildemente postrados delante de Colón, le saludan como á virey del nuevo mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad le prometen una obediencia sin límites y docilidad exclusiva.

Después de esta afectuosa manifestación, después de haber rendido este homenaje al genio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la expedición, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y después el almirante toma solemnemente posesión del país en nombre de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

Mientras que los españoles verificaban esta imponente ceremonia [el 12 de octubre de 1492], los indios se agrupaban al rededor, para examinar á su vez con silenciosa atencion aquellos hombres extraordinarios y los edificios flotantes en que habian venido al través de las aguas; pero si hubieran podido sospechar las consecuencias de aquella solemnidad, es bien seguro que hubieran prorumpido en exclamaciones de dolor, ó mas bien hubieran rechazado como á implacables enemigos á los extranjeros que entonces contemplaban con tan respetuosa admiracion.

Crecia la sorpresa de los indios á medida que iban apreciando los contrastes y las diferencias que mediaban entre ellos y los españoles: su larga barba, la blancura de su rostro, sus vestidos, sus armas, sus ademanes, todo parecia maravilloso á los indígenas estupefactos; mas cuando escucharon las salvas de artillería y de los mosquetes, creyeron que el rayo se desgajaba sobre sus cabezas y no vieron ya en aquellos extranjeros, armados del fuego del cielo, unos hombres vulgares, sino seres de naturaleza superior, hijos del sol, bajados á la tierra para visitarlos y recibir sus homenajes; porque el sol era su Dios. Algunos americanos dotados de cierta inteligencia y entusiasmados por el esplendor del astro del dia, por los veneficios de su calor vivificante y de su curso regular, le miraban como el bienhecor del mundo, como el mismo Dios; otros por el contrario, se habian forjado uno ó mas dioses á los que adoraban bajo figura humana

Los españoles por su parte, no estaban menos sorprendidos que los indios á vista de aquella multitud de objetos singulares y extraños, cuya variedad infinita no podia saciar su curiosidad: los árboles, las plantas, las yerbas, en nada se parecian á los de Europa. En los hombres la misma diferencia en la forma del cuerpo y en las costumbres: su piel era de color de cobre, su estatura regular, los cabellos negros y largos; pero sin pelo de barba. Sus extravagantes facciones estaban modificadas hasta cierto punto por su ingenua timidez y la dulzura de sus miradas. En su rostro y otras partes de su cuerpo tenian impresos caracteres y dibujos extraños.

La mayor parte de aquellos isleños estaba totalmente desnuda, otros se cubrian solo una parte del cuerpo. Por único adorno llevaban en las orejas, en la cabeza ó atadas á la nariz, plumas, conchas y hojas de oro. Al principio manifestaban una reserva que pudiera confundirse con el miedo; mas cuando recibieron de mano de los españoles algunas frioleras, como cuentas de vidrio, cintas y cascabels, se hicieron mas tratables y concluyeron por tener la mas absoluta confianza en sus nuevos huéspedes.

Por la noche, cuando los españoles volvieron á bordo de sus carabelas, fueron seguidos por una multitud de indios embarcados en canoas hechas con troncos huecos de árboles, las que manejaban con mucha destreza. Pretendian los isleños, acompañando á los españoles, satisfacer su curiosidad vien-

do el interior de las embarcaciones europeas, ó el obtener algunas bagatelas en cambio del hilo de algodón que ellos hacían, de venablos que tenían por punta una gruesa espina de pescado, papagayos y frutas de todas clases. Era tal el ansia que tenían por las mas simples baratijas de origen europeo, que se precipitaron sobre los chacharros rotos que vieron en el navío, y los recogieron como objetos de gran valor. Por algunas chapas ó botones de cobre que para nada les servían, daban veinticinco libras de excelente hilo de algodón.

Al otro día por la mañana el almirante visitó las costas de la isla, siempre acompañado de un gran número de indígenas que le seguían con afán. Deseaba averiguar ante todas cosas, de dónde sacaban los isleños las hojas de oro con que adornaban sus narices. A fuerza de preguntarles por señas, vino á colegir que el oro no era producto de su isla, sino de otra mas al Sud, donde se hallaba en gran cantidad. Determinado á aprovecharse de una noticia tan importante (porque habiendo prometido á la reina Isabel y á los hombres de la expedición el descubrimiento de comarcas que los habían de enriquecer, tenía empeño en cumplir esta promesa), se volvió á embarcar llevando siete isleños para que le sirviesen de guías y de intérpretes y se dirigió hacia el Sud. Descubrió en el camino muchas islas; pero no visitó mas que las tres mas considerables, á las que puso los nombres de Santa María de la Concepción, Fernandina é Isabela. En una de estas is-

las encontraron perros que no ladraban, y la experiencia ha confirmado que algunos perros de Europa pierden la facultad de ladrar cuando han pasado algun tiempo en el suelo americano.

En la isla Isabela, á donde Colon fué á hacer aguada el 17, observaron los españoles algunas señales de civilización. El pudor no era desconocido á aquellos habitantes menos groseros, y las mujeres iban cubiertas desde la cintura á las rodillas, unas con telas de algodón y otras con hojas de árboles entrelazadas y atadas con bastante arte para formar una especie de tejido.

Habia tambien en esta isla cierto número de casas construidas á manera de tiendas, con una especie de soportal cubierto de ramas para preservarse del viento y de la lluvia; pero no se encontraban en estas casas mas muebles que toscos utensilios y piezas de algodón.

Los españoles vieron tambien diversas clases de aves y de peces, la mayor parte diferente de los de Europa: vieron tambien el primer caiman, animal que es una variedad de la especie de los lagartos, y como tiene mucha analogía con el cocodrilo, se le llama tambien cocodrilo de las Indias Occidentales.

Siguiendo su exploración el almirante, descubrió una tierra que por su grande extensión y la particular naturaleza de su suelo, se diferenciaba mucho de las islas que habia encontrado hasta entonces. El terreno, lejos de presentarse llano y seguido, formaba á trechos colinas y valles en los que se des-

cubrían vistosos bosques, praderas y ríos. ¿Era aquella una parte del continente ó una isla muy grande? Esta es la duda que tenía Colón, y para salir de ella anduvo algunos días hasta averiguar que aquella tierra que acababa de descubrir era una isla, llamada Cuba en el idioma de los indígenas. Está situada entre los grados veinte y veintitres de latitud setentrional, y en esta isla es donde se halla la Habana, puerto español á donde acudían siempre los *galeones* y los *navíos de registro* cuando hacían la travesía desde América á España.

Llamábanse *galeones* los navíos que el rey de España enviaba todos los años á América, para venir cargados de oro, plata y cuantos objetos preciosos se habían recogido. Los *navíos de registro* tenían diferente destino: recibían las mercaderías de Europa, que negociantes españoles, provistos de licencia especial, enviaban á América, donde debían ser cambiadas por los productos del país. Estos buques eran fletados, unos para Veracruz, ciudad importante de Méjico y otros para Porto-Bello en Tierra-Firme. Se llamaban *navíos de registro* porque las mercancías enviadas de España á América, se apuntaban en un registro especial después de ser sometidas á una inspección rigurosa. El gobierno español empleaba estas minuciosas precauciones para precaver el fraude de los armadores, que sin esta vigilancia hubieran enviado al Nuevo-Mundo más mercancías de las permitidas en la licencia que habían comprado.

Por mucho tiempo los *galeones* fueron también conocidos con el nombre de la *flota de plata*. Antes que el gobierno español hubiese regularizado el servicio de los *navíos de registro*, se equipaba cada año para América una sola flota, contribuyendo el rey y los particulares á partes iguales á los gastos de la expedición. A esta flota se confiaban el oro y plata destinados á España, lo mismo que los géneros que se mandaban de España ó de América; mas cuando los *navíos de registro* fueron generalmente adoptados para estos trasportes, se abandonó el nombre de *flota de plata*, y aun hoy día ya no es más que un recuerdo en la historia de España.

Colón impaciente por conocer el país y los hombres que en él habitaban, ancló en la embocadura de un río caudaloso; pero los indígenas así que vieron las carabelas, huyeron á esconderse en las montañas. Hubo uno sin embargo bastante atrevido para llegar en su canoa hasta el buque del almirante y subir á bordo. A fuerza de regalos supo Colón ganarse la voluntad y confianza de aquel isleño, al que envió á tierra juntamente con un indio de los que traía desde Guanahani, y acompañados de dos españoles, á quienes dió la comisión de estudiar con esmero el país, adquirir noticias acerca de sus producciones, y sobre todo, inspirar confianza á los naturales, para facilitar sus amistosas relaciones con los europeos. Desembarcó tan pocos españoles con la mira de no intimidar á los isleños, pues como el casco de los buques había padecido mucho y necesitaba prontas

composturas si se habia de seguir el viaje, tenia con precision que detenerse allí para repararle.

Los dos españoles que Colon habia enviado á la descubierta, volvieron después de haber recorrido un espacio de doce leguas, internándose en la isla. [1] He aquí poco mas ó menos la relacion que hicieron á el almirante.

“La mayor parte del pais que hemos cruzado está cultivada y nos ha sorprendido por su fertilidad; los campos producen maiz ó trigo de Indias, y una raiz que despues de asada se come como el pan. Al llegar á una poblacioncita como de unas cincuenta casas de madera y en la que los habitantes no pasarían de mil, salió el jefe á recibirnos. Los indios que nos acompañaban les debieron dar noticias favorables acerca de nosotros, de nuestras intenciones y el objeto de nuestra visita, porque cogiéndonos del brazo nos llevaron á la poblacion, donde nos señalaron un vasto alojamiento. Nos sentamos en una especie de silla, que tenia la forma de un animal con los ojos y orejas de oro y cuya cola servia de respaldo. Apenas nos habiamos sentado en el sitio que nos señalaron, cuando los indios sentándose en el suelo junto á nosotros, nos fueron besando los pies y las manos, lo que nos hizo creer que nos tenian por seres

[1] *Estos dos españoles enviados fueron Rodrigo de Jerez y Juan de Torres, el que entre otras buenas disposiciones para el desempeño de su comision, tenía la de poseer varios idiomas. (Nota del traductor.)*

bajados del cielo. Comimos las raíces asadas que nos ofrecieron, cuyo sabor nos recordó el de las castañas; pero lo que nos chocaba extraordinariamente, era que entre los salvajes que nos servian, no se presentaba una sola muger. No atinábamos con la causa de esta exclusion; pero cuando se retiraron, otras tantas mujeres como hombres nos habian servido, vinieron á relevarlos y no fueron menos atentas y obsequiosas. En fin, en el momento de nuestra partida, muchos habitantes se querian venir con nosotros; pero hemos rehusado sus ofertas, dándoles las gracias por su generosa hospitalidad. Nos pareció, sin embargo, que debiamos ceder á las instancias del cacique ó rey y de su hijo, que se han empeñado en servirnos de guias y compañeros hasta nuestras embarcaciones. Pro todo el camino han venido dando sus órdenes para que se nos tuviesen las mayores consideraciones y el mas profundo respeto.”

Esta relacion causó la mas viva satisfaccion á el almirante, que agradecido á los dos príncipes, les hizo un brillante recibimiento cuando subieron á bordo de su carabela, y trató después de obtener de ellos algunas noticias del pais que producía el oro. El cacique y su hijo le señalaron el Este.

Aquellos isleños manifestaban la mayor sorpresa al ver á los hombres blancos tan ansiosos de un metal que no tenia ningun valor á sus ojos, y del que no se servian mas que para su adorno, al paso que los españoles no estaban menos admirados de su sencillez y benevolencia.

Las indicaciones del cacique y su hijo determinaron á el almirante á salir de Cuba, porque estaba impaciente por ir al país de las minas de oro, al que los indios llamaban Haití. Partió de Cuba el 19 de noviembre, llevando consigo doce naturales del país, los que se proponía traer á España. Aquellos indios se alejaron de su patria con la mayor indiferencia, sin pesadumbre y sin derramar una lágrima, cosa que sorprendió mucho á los españoles. Verdad es que Colon nada habia omitido de cuanto pudiese hacerles agradable su permanencia en el buque, y además les habia prometido que la ausencia seria de corta duracion.

A poco tiempo de hacerse á la vela, fué contrariado por los vientos, que le obligaron por tres dias á costear. Alonso Pinzon, comandante de *la Pinta*, observando el contratiempo de Colon y aprovechándose de que su nave era la mas velera de la escuadrilla, trató de sustraerse á la vigilancia del almirante, y adelantarse para llegar antes que las otras carabelas á Haití, el país del oro, y llenar de él su nave. Colon, que adivinó las intenciones de su teniente, le hizo señales de que esperase, mientras que Pinzon llevado de su avaricia, desobedeció á el almirante, y pronto se le perdió de vista. Colon indignado de la deslealtad y pérfida conducta de Pinzon, cuya huida trastornaba todos sus planes, se decidió á volver á Cuba con las dos carabelas que le quedaban. Obligado por el mal temporal á permanecer en dicha isla, continuó la exploracion del

país, que además de su fertilidad asombrosa, ofrecia por todas partes los mas agradables y encantadores puntos vista. Inspiraban sin embargo bastante repugnancia á los españoles las costumbres y modo de vivir de los habitantes, que se tragaban con ansia arañas grandes, gusanos cogidos en la madera podrida, y pescados medio cocidos á los que arrancaban primero los ojos, para comérselos crudos.

Así que el tiempo le permitió hacerse á la vela, el almirante salió de Cuba para ir á Haití, el país del oro, y alcanzar á Pinzon, que le habia abandonado. Despues de andar diez y seis leguas, llegó por fin á la isla, objeto principal de sus pesquisas, y le dió el nombre de Española, porque halló en el suelo de Haití mucha semejanza con el de España, y de todos los países que habia descubierto hasta entonces, este es el que ha conservado por mas tiempo el nombre que le impuso. El nombre de Santo Domingo prevalece sin embargo hoy dia, porque este es el nombre de la ciudad que han edificado y es actualmente la capital de la isla.

Los habitantes huyeron espantados á los bosques á vista de los españoles, y Colon, sin hallar indicios del rumbo que seguia *la Pinta*, se dirigió hácia el Norte costeano la isla. Abordando á otro paraje consiguió entablar relaciones amistosas con algunos indígenas. Habíase apoderado de una india, y despues de agasajarla la habia enviado hácia sus compatriotas. Hízoles ella una pintura tan seductora de la conducta de los españoles, y les habló en fa-

vor de aquellos extranjeros con tal entusiasmo, que al instante acudieron todos á la playa para ver y obtener algunos objetos preciosos, como los que aquella mujer habia llevado.

Estos indios se parecian en su rostro y ademanes á los habitantes de Guanahani y de Cuba: estaban desnudos lo mismo que ellos, su rostro tenia color de cobre y se advieria en ellos la misma timidez, ignorancia y mansedumbre. Todo lo que veian excitaba su sorpresa, que expresaban por medio de palabras ininteligibles á los europeos, y por una pantomima muy animada. En su concepto los españoles no eran hombres, sino seres de naturaleza divina.

En su adorno habia mas oro que en el de los demás isleños; pero lo mismo que ellos, tenian en tan poco á este metal, que se volvian locos de contentos cuando podian cambiarle por cuentas de cristal, cascabeles y otras bagatelas de esta especie. Cuando Colon les preguntó el sitio en que se encontraba el oro, le señalaron el Oriente. En virtud de esta indicacion, Colon se hizo al instante á la vela y partió con la esperanza de encontrar bien pronto un manantial inagotable de riquezas.

Luego que Colon fondeó en otra bahía de la isla, vió acercarse al cacique de la comarca: este jefe, despues de haber tomado informes acerca de los hombres blancos, se habia dado prisa á visitar á el almiranté. Venia acompañado por una escolta numerosa y conducido por un palanquin en hombros de cuatro indios.

Este palanquin se parecia un poco á las andas que se usan en Europa; pero el soberano venia desnudo lo mismo que sus vasallos.

No manifestó desconfianza ni indecision para subir á bordo y llegando á tiempo en que Colon iba á ponerse á la mesa, entró en la cámara del almirante, seguido de dos ancianos que se podian mirar como sus consejeros, y tomó asiento al lado de Colon, manifestando á la vez respeto y confianza. Los dos viejos se colocaron á los piés del cacique, quien despues de catar los manjares y el vino que le presentaron, enviaba lo restante á los hombres de su escolta, formados en fila sobre el puente.

Al fin de la comida, el jefe indio regaló á el almirante muchas hojas de oro y un cinto trabajado con mucho artificio. Colon por su parte ofreció á su huésped un collar de ámbar, un par de boreguies colorados, una colcha de cema y un frasquito de agua de azahar. Fué tal el contento del cacique, que en los estremos de su agradecimiento y alegría, dió á entender á el almirante que ponía á su disposicion todo su reino.

Este soberano, lleno siempre de gravedad y nobleza para con sus súbditos, usaba una familiaridad sin reserva con los españoles; todo lo examinaban en el navío con la mayor atencion, y las cosas estraordinarias que contenia escitaban la sorpresa y admiracion del jefe salvaje. Al acercarse la noche manifestó deseos de volver á tierra, y Colon sea presuró á complacerle; pero queriendo aumentar su asombro,



mandó disparar un cañonazo en el momento en que el cacique se alejaba. Ya no le quedó duda ninguna de que aquellos hombres blancos eran de origen celestial, puesto que sus manos estaban armadas del rayo, que obedecía á su voluntad. Desde entonces el respeto de los indios á los españoles se convirtió en una especie de culto, hasta el extremo de besar la huella de sus pasos.

No siendo aun este pais el que contenia las minas de oro, objeto de los afanes y trabajos de los españoles, el almirante se hizo á la vela dirigiéndose á la parte oriental de la isla.

Todos los informes que habia tomado el almirante y las noticias que habia podido adquirir, indicaban como productora del oro una parte montañosa de la isla, sometida á un poderoso cacique. Colon le envió un mensaje, recibiendo de parte de aquel príncipe la invitacion de ir á verle. Quiso al instante corresponder á este convite; pero la corta travesía que le fué preciso hacer para llegar á donde estaba el cacique, estuvo á punto de ser muy funesta á la expedicion y á su ilustre jefe.

Colon habia llegado á un cabo, donde aprovechando la calma del temperal, mandó plegar las velas como á una legua de distancia de tierra. Hacia dos dias que no disfrutaba un momento de reposo, y rendido de fatiga fué á tenderse en el lecho á cosa de media noche, despues de haber mandado al piloto á quien confiaba el timon, que no le soltase de la mano. Apenas Colon se durmió, cuando el equipaje,

creyendo que no habia peligro que temer, siguió el ejemplo del almirante, y el mismo piloto participando de aquella fatal seguridad, y olvidando las órdenes de Colon, puso un grumete en su lugar y fué á descansar con los demás; de modo que el buque quedó abandonado á la inesperienza de un muchacho.

Mientras que todos dormian á bordo, menos el grumete, el buque era insensiblemente arrastrado hácia la costa por la corriente. De improviso sufrió un choque tan violento, que el grumete asustado, abandonó el timon dando gritos descompasados. Colon despertándose azorado acude sobre la cubierta, ve las rocas que erizaban la costa y no tarda en conocer que el navío ha encallado. La confusion, el terror y la desesperacion reinan á bordo; solo el almirante conservando su presencia de espíritu y su sangre fria, discurre los medios de salvar la nave.

Por su orden, algunos hombres del equipaje se lanzan á la chalupa, para arrojar á cierta distancia una áncora, por medio de la que se pudiese sacar la nave de entre las rocas; pero tan asustados estaban, que no pensaron mas que en buscar un refugio á bordo de *la Niña*, sin hacer caso de las reiteradas intimaciones del almirante. El capitán de esta carabela no quiso recibir á los cobardes que olvidando sus deberes abandonaban á su jefe, y rechazados de esta manera, no tuvieron otro remedio que volver á la nave que se hallaba en tal apuro.

El almirante trató primero de aligerar el buque